

## *PRESENTACIÓN*

---

La filosofía del derecho ha reflejado en los dos últimos siglos un claro protagonismo del pensamiento alemán, particularmente notorio si atendemos a su repercusión en el ámbito hispano o italiano. No rara vez es a través de Alemania cómo el pensamiento anglosajón salta al continente (baste recordar el enlace Bentham-Ihering), mientras el pensamiento norteamericano encuentra poca acogida en Europa, bajo los tópicos habituales aplicados a un país que sería más técnico que humanista o más pragmático que dado a la reflexión.

La irrupción del pensamiento anglosajón en la filosofía jurídica europea en las últimas décadas del siglo XX responde, sin duda, a un cambio más amplio de paradigma cultural, pero no es en modo alguno ajena a la propia sensación de crisis experimentada por los filósofos del derecho europeos, con los alemanes siempre como principal punto de referencia. En esa tesitura juega un papel relevante la progresiva difuminación del trauma nazi, convertido en punto central de la centuria. La reflexión filosófico-jurídica de la primera posguerra, marcada por un fuerte relativismo que va de la mano de un positivismo jurídico notablemente autosuficiente, acabará pechando con las responsabilidades a la hora de diagnosticar la consolidación de tal régimen. La segunda posguerra estará marcada por una fuerte revisión del modelo imperante, a la que serviría como arquetipo la fórmula de una posible "legalidad antijurídica", propuesta por un Radbruch converso.

Si la búsqueda de unos puntos de referencia éticos objetivos parece alimentar un episodio más del "eterno retorno" del dere-

cho natural, la necesidad de no volver la espalda a la historicidad del derecho asumida por el positivismo jurídico obliga a buscar nuevas formulaciones, más cercanas a una “naturaleza de la cosa” de cuño fenomenológico que a las abstracciones racionalistas que animaron el legalismo codificador. Derecho natural e historia habrían de reconciliarse superando un desfasado dilema.

La búsqueda de esa visión del ordenamiento, menos formalista y más atenta a la historicidad real del derecho, lleva a poner en cuestión el acusado normativismo de la teoría general del derecho positivista. El papel de los principios junto a —e incluso antes, en y después de— las normas será puesto de relieve por Esser, decenios antes de que Dworkin los “descubriera” a una joven generación de especialistas que ya habían vuelto la espalda a lo alemán.

Lo que era un cambio de enfoque teórico-jurídico cobra profundidad al proyectarse sobre el derecho el “giro lingüístico” que experimenta el pensamiento filosófico. Junto a la perspectiva analítica, entran igualmente en juego los planteamientos de la hermenéutica existencial, sobre todo en su versión gadameriana. El papel de la tradición y los juicios previos, en una interpretación jurídica estimulada por una pre-comprensión del caso, cobra particular protagonismo. Se abre así la posibilidad de un replanteamiento de la ontología jurídica, vinculada a la dimensión histórica de la interpretación de los textos en los que habita el lenguaje.

Todo lo anterior explica el notable interés que acaba revisitando la obra de Arthur Kaufmann, tan prolífica como prolongada en el tiempo, atenta siempre al contraste con las corrientes que protagonizan la periferia de la filosofía jurídica; sea la ética o filosofía política de Habermas o Rawls o la sociología funcionalista de Luhmann.

Kaufmann se considera ante todo discípulo de Radbruch, al que califica de “último” filósofo del derecho; quizá como fórmula modesta para renunciar a asumir personalmente tal condición. Intenta hacer compatibles derecho natural e historicidad del derecho, replanteando con profundidad ontológica la teoría del dere-

cho y adentrándose más tarde en una filosofía práctica de notable impronta gadameriana. Todo ello le obliga a interrogarse sobre el qué y el para qué de la filosofía jurídica.

Su insistencia sobre el protagonismo de la analogía en el lenguaje jurídico, así como en torno al peculiar enlace de principios y normas que ella provoca, o sobre el concepto jurídico de “tipo”, se replantearán luego en clave hermenéutica.

La impronta iusnaturalista mantiene un atormentado protagonismo en su pensamiento, para acabar dando paso a una teoría de la verdad como convergencia bastante cercana a las éticas consensuales que critica. Su afán de superar el relativismo acaba dando paso a una teoría de la tolerancia, con resultados tan complejos como la propuesta de un supuesto “espacio libre de derecho”, en los que las invocaciones del criticado Luhmann a la necesidad de anticipar propuestas para una “sociedad de riesgo” acaban teniendo paradójica influencia.

Más allá de sus perplejidades, todo ello le convierte en un privilegiado espejo de la evolución de la reflexión filosófico-jurídica a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo, que tan decisivamente gravita sobre nuestro horizonte actual.

\* \* \*

No me resta sino expresar la satisfacción de “Persona y Derecho” por la incorporación a su Comité Científico, a partir de este número, del Profesor John Finnis de la Universidad de Oxford.

*El Director*

